

INTERDISCIPLINARIO

- Una primavera en París (1968)

UNA PRIMAVERA EN PARÍS (1968)

Álvaro Mendoza Ramírez

Resumen: El movimiento estudiantil de mayo de 1968, que ha dado lugar a tantos escritos y comentarios, en concepto del autor, que vivió y participó en los hechos, ha sido sensiblemente mitificado, para darle alcances y contenidos que no estuvieron presentes en quienes participaron en esas jornadas. El artículo constituye un reclamo a la verdad, sobre unos episodios que sólo pretendieron una propuesta pacífica, alegre y juvenil, contra una exagerada represión del gobierno de turno, exageradamente nervioso ante otros acontecimientos paralelos.

Palabras clave: primavera, París, mayo 68, estudiantes, manifestaciones

Abstract: In the opinion of the author, who lived the episode and took part in the events, the students' movement of May 1968 that has given origin to so many writings and discussions has been considerably mythicized in order to give it certain scopes and contents not present in those who happened to be involved in these days of protest. This article is a claim for the truth with respect to some episodes intended to be no more than a pacific, joyful and youthful demonstration, a proposal against an exaggerated repression from the government of the moment in turn excessively nervous in view of other parallel events.

Key words: spring, Paris, May 68, students, manifestations

Sommaire: Le mouvement d'étudiants de mai 1968 qui a donné lieu à tellement d'écrits et commentaires, selon l'opinion de l'auteur qui était là en faisant part des événements, a été considérablement mythifié afin de lui donner des portées et contenues qui n'existaient pas dans ceux qui on participé dans ces journées. Cet article est un appel à la vérité sur quelques épisodes que seulement cherchaient à être une proposition pacifique, gaie et juvénile contre une répression exagéré du gouvernement du moment, excessivement nerveux face à d'autres événements parallèles.

Mots clefs: printemps, Paris, Mai 68, étudiants, manifestations

En no pocas ocasiones, quienes hemos sido testigos presenciales de hechos que, primero, fueron noticia y, después, pasaron poco a poco a convertirse en historia hemos registrado con sorpresa que nuestros recuerdos expresan inconformidades, algunas de ellas importantes, con cuanto se presenta en los relatos posteriores de los mismos. Mi formación de abogado y los estudios efectuados al respecto me señalan la baja confiabilidad de la prueba testimonial, pues el recuento que se hace de eventos preteritos suele estar desfigurado por una serie de sesgos subjetivos, así como por las circunstancias en que dichas percepciones se recibieron. Los periodistas, cercanos a los hechos, y los historiadores, normalmente alejados de ellos, ya que se basan realmente en los relatos de los anteriores, con no poca frecuencia resultan convertidos en grandes mitificadores de los acontecimientos que son materia de sus recuentos.

Que me excusen los cultores de la historia si afirmo que mis experiencias, no muchas pero sí reiteradas, me indican que ésta no puede ser fiel en los detalles y generalmente tampoco en las interpretaciones. Al fin y al cabo, es obra de quienes tenemos, por naturaleza, muchas limitaciones y de quienes percibimos antes y narramos posteriormente a la luz de nuestros subjetivismos, así hagamos serios esfuerzos por buscar y presentar la verdad de los hechos propios de nuestras experiencias.

Mi condición de estudiante radicado desde varios meses atrás en París, donde terminé mi tesis doctoral en 1968, me permitió ser testigo directo y participante entusiasta de las jornadas de la primavera de dicho año. Tomé parte en ellas a pesar de haber estado las manifestaciones respectivas mayoritariamente en cabeza de los estudiantes de pregrado de la Université de Paris, conocida entre nosotros con el apelativo de «La Sorbonne» por la plaza en la cual se encontraba su sede central, y hoy dividida en varios centros, pero que en ese entonces formaba una sola unidad. Sin embargo, muchos de quienes adelantábamos trabajos de posgrado, entre ellos quien esto escribe, fuimos contagiados por la

efervescencia y los motivos que encendieron y dieron desarrollo a dichas jornadas.

Es un contagio del cual no me arrepiento a pesar de estar ya en una madurez de vida algo más que avanzada, de ocupar una muy importante posición al frente de la Universidad de la Sabana y de las bien curiosas interpretaciones que se suelen hacer de aquellos días que impactaron al mundo, sorprendiendo con sus versiones a quienes participamos en ellos. No me arrepiento, no sólo por la justicia de nuestras reivindicaciones sino también por la forma generalmente pacífica como las propusimos.

Por las razones expresadas en el párrafo anterior y por considerar que conviene presentar una cara distinta de aquellos episodios, acepté la invitación del director de esta revista para contar mis recuerdos, bien diferentes de las narraciones más conocidas, sobre hechos que, en el sentir de muchos de sus participantes directos, no así de la mayoría de sus narradores, han sido objeto de una curiosa presentación que, ya desde hace varios años, varios de nosotros hemos registrado con sorpresa. Ésta es una circunstancia que tuve en el pasado oportunidad de comentar con no pocos de quienes fueron, como ocurrió conmigo, testigos de los mismos hechos, la mayoría de ellos en su condición de franceses y de parisinos, para que no se diga que mi talante de extranjero fue causa de muy importantes distorsiones, cuya posibilidad, en todo caso, admito en función de lo anteriormente afirmado, si bien me cuesta trabajo aceptar que llegemos a tanto.

Conviene recordar, como lo enseñaron los historiadores griegos, algunos hechos paralelos, sincrónicos, para enmarcar y explicar lo acontecido en mayo de 1968.

En primer término, las enormes dificultades del gobierno presidido en ese entonces por el general Charles de Gaulle, héroe incuestionable de la resistencia y de la liberación durante la Segunda Guerra Mundial, cuyo prestigio inmenso había venido erosionándose muy seriamente, en particular en los

medios de extrema derecha y de extrema izquierda. Entre otras cosas, los primeros habían ya planeado numerosos atentados contra su vida y posteriormente realizarían otros que dieron lugar a algunos episodios novelescos, bien conocidos por la literatura y el cine.

Entre los problemas más importantes de ese gobierno, al lado de la difícil situación social y sindical, estaban los primeros pasos dados para la independencia de Argelia, que dieron lugar a un levantamiento de los generales franceses destacados en la entonces colonia africana, que, para los simpatizantes de la derecha, era parte inescindible del territorio nacional.

Debo reconocer que por esas calendas era innegable la politización cada vez más pronunciada de los estudiantes universitarios, la gran mayoría simpatizantes de posiciones de izquierda, con muy diversos matices. Para la juventud de la época, las situaciones sociales, la política colonial todavía vigente y las guerras de liberación que de ella se desprendían, las noticias que nos llegaban y que varios conocíamos de primera mano sobre la situación social en los países latinoamericanos, asiáticos y africanos, la existencia de una muy amplia publicidad proveniente de la Unión Soviética, los ideales expuestos por la gran mayoría de nuestros profesores y la ignorancia de cuanto ocurría al otro lado de la –así bautizada por sir Wiston Churchill– «cortina de hierro» eran elementos que, sumados a las ilusiones y a la generosidad propias de esa edad, hacían de nosotros, con muy contadas excepciones, entusiastas de una transformación socioeconómica que entendíamos como impostergable, si bien diferíamos en los métodos y en los caminos para emprenderla.

A todo lo anterior se sumó por aquellos días la gran huelga de la Renault, la más grande empresa industrial por ese entonces, con miles de trabajadores que, unidos a muchos de sus colegas de otras empresas, mayoritariamente manufactureras, se manifestaban por doquier, creando una muy difícil situación para un gobierno asediado desde dos flancos bien distintos pero coincidentes en sus ataques al régimen.

Dentro de este marco, que cada vez hacía más difícil y cuestionado el gobierno de la Cinquième

République, se presentaron los brotes de descontento estudiantil, generados, sin duda alguna, por el creciente rechazo a un gobierno autoritario y represor de la mayoría de las reivindicaciones sociales, si bien igualmente cuestionado por la extrema derecha, a la cual, con todo, se acercaba cada vez más. La chispa que encendió el problema nació en la universidad con la orden de traslado inmediato de parte importante de sus dependencias a Nanterre, en la Banlieu o entorno periférico de París.

La medida implicaba, para muchos de los estudiantes de pregrado, abandonar las vetustas instalaciones del Barrio Latino, enclave tradicional de los universitarios, junto con el vecino Sixième Arrondissement, lugares en los cuales muchos de nosotros no solamente estudiábamos sino que igualmente habitábamos, nos divertíamos, participábamos en actos culturales, etc., todo sin movernos fuera de un radio de mil metros, usando normalmente la conocida arteria del Boulevard Saint-Michel y teniendo como centro de gravitación el Jardín de Luxembourg, la Rue Soufflot y la Rue des Écoles. Allí, entre otras cosas, se encontraban los pequeños teatros de nuestra vida cultural, los restaurantes universitarios, las librerías que alimentaban nuestras ínfulas de intelectuales de izquierda, los cafés de nuestros encuentros, las pensiones de nuestras residencias, los baños públicos a los cuales acudíamos muy de vez en cuando por el costo respectivo, etc. El Barrio Latino y sus inmediatos alrededores eran algo así como nuestra ciudad. Cruzar sus límites implicaba para nosotros viajar fuera de lo nuestro.

Es verdad que el traslado era esperado desde años atrás, cuando comenzaron las construcciones de una nueva ciudad universitaria, con una planta locativa mucho más adecuada, sin embargo de lo cual no dejó de chocar con el romanticismo propio de la vida en el Barrio Latino, un tanto bohemia y un tanto ajena a los convencionalismos propios de la época. A lo anterior se sumaron, para dar lugar a la protesta estudiantil, la incomodidad derivada de las obras aún en curso y de un traslado que se festinó, causando no pocos problemas a quienes fueron desplazados a Nanterre, y, lo que fue peor, una brutal asonada policial contra una sesión que sólo implicaba una protesta pacífica y un intento de organizarnos, celebrada en el célebre teatro del Odéon.

Dicha asonada fue fruto del nerviosismo del gobierno, con una epidermis exageradamente sensible frente a toda reunión numerosa.

Se produjo una desbanda que dejó no pocos contusos producto de los gases y de una irrupción inesperada que despejó el lugar a «garrote limpio», dando lugar a muchas víctimas de una violencia totalmente innecesaria. Muy cerca de mí vi caer, sin que el suscrito saliera totalmente ileso, bajo los golpes y bajo las botas de los detestados *flics*, como se los denominaba peyorativamente no sólo en el argot del ambiente universitario sino por regla general en la región parisina, a uno de mis mejores amigos, a quien me correspondió retirar y atender, con lesiones muy serias que requirieron un largo tratamiento.

Esta dispersión violenta no produjo la muerte de la protesta sino que dio lugar a una serie de manifestaciones callejeras, reproducidas en numerosas fotografías que han dado la vuelta al mundo mostrando las marchas por el Boulevard Saint-Michel, por los Campos Elíseos y en la célebre plaza de La Bastilla, testigo esta última de hechos que marcaron la historia francesa. Las convocatorias se hicieron de viva voz por el correo de comunicarnos unos a otros los lugares de reunión. Todas estas marchas agruparon a cientos de miles de estudiantes, aun de centros estudiantiles distintos de la Universidad de París, todos unidos por la poca simpatía hacia el régimen y por la voluntad de protestar contra las medidas de traslado y contra la agresión en el teatro del Odéon. Las fotografías de estas jornadas son prueba de los desfiles pacíficos, de su excelente organización y de la alegría reflejada en los cánticos que los acompañaban.

Algunos episodios violentos se presentaron, pocos ciertamente, de los cuales me enteré luego por no haberlos presenciado directamente, con el uso de los adoquines del tradicional *pavé* existente por ese entonces en algunas calles de París, tomados como proyectiles para repeler la brutalidad policial. Sin embargo, las barricadas que enfrentaban los desfiles, por regla general, no dieron lugar a nada distinto a nuestra permanencia, por largas horas, sentados frente a ellas, hasta que eran retiradas. Siempre tuvimos la precaución de proveernos de alimentos y de bebidas, contrariamente a las fuer-

zas de policía, además de que nuestra camaradería hacía de la situación poco menos que una fiesta, con lo cual normalmente pudimos vencer la paciencia contraria. La consigna reiterada de nuestras manifestaciones fue la de protestar siempre pacíficamente.

Pancartas como aquellas de «La imaginación al poder» y «Prohibido prohibir», más que una filosofía de los manifestantes, como se ha pretendido luego, mostraron simple y llanamente el ingenio individual de sus diseñadores. No podíamos imaginar que unas manifestaciones estudiantiles llegaran años más tarde a ser interpretadas como el lanzamiento de una conducta que hoy se presenta en una pretendida condición de base del pensamiento posmoderno. Si algún elemento común unió a los manifestantes de mayo del 68 en las calles de París, fue la mayoritaria simpatía por una posición política de izquierda común en ese entonces en casi todas las universidades europeas, no nacida en el curso de las jornadas que se comentan. Sin embargo de lo afirmado sobre la posición política mayoritaria entre los estudiantes, estoy seguro de que muchos de los escasos partidarios entre nosotros de las posiciones de centro y aun de derecha igualmente nos acompañaron en aquello que fue solamente un movimiento estudiantil.

Tampoco pudo ser mayo del 68 el nacimiento de la posición nihilista del movimiento *hippie*, aparecido meses atrás en las barriadas de las grandes ciudades de los Estados Unidos. Poco parentesco teníamos los románticos manifestantes de la primavera parisina con aquellos desgreñados o con su escepticismo sobre el futuro del creación.

La composición del comité organizador de estas manifestaciones, más que indicar una tendencia política, señaló la voluntad de distanciarse precisamente de cualquier connotación de este estilo, pues buena parte de este comité estaba compuesta por estudiantes extranjeros que necesitaban tomar espacio frente a los problemas internos de Francia. Todos recordamos al célebre Danny *le Rouge*, de nacionalidad alemana, convertido más tarde en un conocido industrial de Westfalia y apodado así no por sus tendencias políticas sino por el pronunciado color de su cabello.

Las alegres y normalmente pacíficas manifestaciones que colmaron durante varios días las calles de París terminaron a raíz de un acuerdo con el gobierno de la ciudad, que demoró el traslado a Nanterre, permitió la terminación de las obras en curso, enfrió nuestro entusiasmo y nos permitió regresar a nuestras tareas normales. Mal podíamos, al dispersarnos, imaginar la trascendencia que los intérpretes de nuestra protesta darían a aquellos días que, de no haber sido extraordinariamente mitificados, no habrían tenido cabida en nuestra historia reciente.

Meses después, cuando comenzó a crecer la ola de las publicaciones sobre las jornadas de mayo, comentamos entre muchos de nosotros que habíamos sido protagonistas de hechos aparentemente corrientes pero que terminaron siendo presentados como una epopeya transformadora de la política, del pensamiento y de la historia, algo de lo cual, al menos nosotros, nunca tuvimos conciencia.

Fuimos héroes anónimos sin saberlo, sin quererlo y sin merecerlo. Hoy se afirma que tremolaron en nuestras manos banderas que ni siquiera imaginamos. ■

